

¡Ay, dijo el aldeano cogiéndole por la mano, Vd. lo pasará muy mal, porque me encuentra en un lance muy crítico : mi mujer está con dolores de parto, y sus quejidos le impedirán el reposo; pero venga Vd. que á lo ménos se libertará del frío, y partiremos nuestra cena. Al concluir estas palabras el aldeano hizo entrar al zar en



una salita llena de muchachos. En una misma cuna habia dos que dormian profundamente : una niña de tres años dormia tambien sobre una estera, inmediata á sus hermanos, mientras que sus dos hermanas mayores, la una de seis años, y la otra de siete, están de rodillas rogando á Dios con lágrimas que sacase con bien á su madre, la cual ocupaba el cuarto inmediato, y cuyos quejidos y clamores se oian distintamente. Estése Vd. aquí, dijo el buen hombre al emperador, que voy á buscarle qué cenar. Salió en efecto, y dentro de un instante volvió, trayendo meloja, pan y huevos. Vea Vd., le dijo, toda nuestra cena : cene Vd. con mis hijas, que yo voy á cuidar de mi mujer. La buena accion que Vd. ejecuta en recibirme tan bien, dijo el zar, le hará feliz : yo no dudo que el cielo recompensará su caridad. ¡Oh amigo! replicó el aldeano, pida Vd. á Dios que mi mujer salga con felicidad, que es cuanto tengo que desear. — ¿Con que Vd. se tiene por feliz? — ¡Feliz! Júzguelo Vd. : yo tengo cinco hijos que se crían bien, una mujer á quien amo, un padre y una madre que se mantienen buenos, y mi trabajo basta para ocu-

rir á la subsistencia de todos. — ¿Y sus padres de Vd. viven aquí? — Sí, señor, allá dentro están con mi mujer. — ¡Es tan chica esta cabaña! — Bastante grande es, puesto que todos cabemos en ella. Dicho esto entró á ver á su mujer, la cual parió felizmente una hora despues. El huésped arrebatado de gozo llevó su hijo al zar, y le dijo : Vea Vd. el sexto que Dios me da ; Dios me le conserve como los otros. Vea Vd., añadió, qué robusto y qué hermoso. El zar tomó en sus brazos al niño, y mirándole con ternura dijo : Yo entiendo algo de fisonomía, y la de este niño es bastante feliz : apostaré que hace una gran fortuna. El aldeano se sonrió, y las dos niñas se acercaron á besar al recién nacido, á quien la vieja abuela vino á recoger. Las dos niñas la siguieron, y el aldeano extendiendo en el suelo un poco de paja, convidó al huésped á acostarse con él, y se quedó dormido al instante en el mas pacífico sueño.

Un pequeño candil alumbraba escasamente la pieza. El zar incorporándose tendió la vista al rededor de sí, y consideró con atencion al aldeano, y á sus tres hijos dormidos. Reinaba en la casa un profundo silencio. ¡Qué tranquilidad, decia el emperador, qué calma! ¡Hombre sencillo y virtuoso! ¡con qué paz duerme sobre esta estera! Los remordimientos, las sospechas, los proyectos ambiciosos no turban su sosiego : su sueño es delicioso, porque es el sueño de la inocencia... Estas reflexiones ocuparon al emperador toda la noche. Luego que amaneció despertó el aldeano, y despidiéndose de él el zar, le dijo : Yo me vuelvo á Moscou; allá conozco á un hombre benéfico, voy á hablarle de Vd., y estoy seguro de que le obligaré á servir de padrino á su hijo recién nacido. Déme Vd. palabra de esperar para la ceremonia del bautismo : á las tres de la tarde á lo mas estará aquí de vuelta. El aldeano no hizo mucho aprecio de esta promesa; pero por complacer consintió en lo que pedia el forastero, y con esta seguridad partió el zar inmediatamente.

Pasada la hora de las tres, y viendo el aldeano que no volvia su huésped, se dispuso con su familia para llevar á su hijo á la iglesia. Estando para salir de casa, se oyó de repente un gran ruido de caballos y de coches. Asómase el buen hombre á la ventana, ve el camino lleno de caballos y de soberbias carrozas, y reconociendo las guardias del emperador, llama inmediatamente á su familia para que viesen pasar al zar : salen todos de tropel, y se colocan

delante de la casilla : muchos coches desfilaron, y al fin paró la carroza del zar delante de la puerta. Al instante se detienen las guardias, apartan y separan el tropel de aldeanos atraídos por la esperanza de ver á su soberano. Abren la puerta de la carroza, baja de ella el zar, ve á su huésped, se dirige á él, y le dice : Yo te prometí un padrino, y vengo á cumplir mi promesa : dáme á tu hijo, y sígueme á la iglesia. Inmóvil el aldeano, y sorprendido al oír estas palabras, mira al zar con un pasmo igual á su alegría, y contempla como aturdido su magnífico vestido, las brillantes pedrerías de que estaba cubierto, y la lucida corte que le rodeaba. Entre este pomposo aparato no pudo conocer al pobre andrajoso con quien habia pasado la noche sobre la estera. El emperador disfrutó un rato de su incertidumbre, y del exceso de su admiración, y despues continuó diciéndole : Tú cumpliste ayer con las obligaciones que impone la religion y la humanidad, y hoy vengo yo á pagar la mas dulce deuda de un soberano, que es recompensar la virtud : yo te dejaré en un estado que honras, y del cual envidia yo la inocencia y la tranquilidad; pero te daré los bienes que te faltan : tendrás numerosos rebaños, buenos vergeles, y una casa en que puedas cómodamente ejercer la hospitalidad : finalmente, yo me encargo para siempre del niño que vi nacer anoche ; porque te acordarás, añadió sonriéndose, que te dije que haria una gran fortuna. Á estas palabras, penetrado el buen hombre de agradecimiento, y bañado en lágrimas, no dió otra respuesta que ir á traer el niño, y ponerle á los piés de su soberano. El zar enternecido tomó al niño, le llevó en sus mismos brazos á la iglesia, y le tuvo en la pila del bautismo. Despues, no queriéndole privar de la leche de su madre, le volvió á su cabaña, diciendo que se le llevaria luego que le hubiesen destetado. El zar cumplió fielmente todas sus promesas : se encargó de la educacion del niño, le crió en su palacio, hizo su fortuna, y colmó de beneficios al buen aldeano y á su virtuosa familia.

¡Qué grande, dijo César, sería el dolor de los demas aldeanos, cuando supieron que el que habian despedido era su soberano ! — Este cruel recuerdo fué la justa pena de su delito; la vergüenza y los remordimientos son consecuencias precisas de una mala accion. — ¡Pues cómo es que los malvados, dijo Pulqueria, no se hacen estos cargos ? — Porque un mal corazon ahoga y mata todas las luces naturales de la razon. — ¡Qué infelices son los malos ! —

Por eso en las obras de *Saadi*, poeta persa, se halla esta oracion en boca de un sabio : ¡Gran Dios ! ten lástima de los malos, porque por los buenos has hecho todo lo posible haciéndolos lo que son.

Diciendo esto la Marquesa se levantó, y saliendo de la huerta tomaron todos el camino de la Quinta : no se habló en todo el tiempo que tardaron en llegar á ella sino del zar Iwan. Mamá, dijo Pulqueria, yo deseara que Vd. prometiese contarnos un caso de historia las veces que tenemos el gusto de venir con Vd. á paseo. — Si por Dios, mamá, dijeron César y Carolina. — Ya entiendo vuestra intencion, es preciso que para contentaros haya historia por la mañana, y novela por la noche : me parece que tenéis mucha confianza en mi memoria... — Y mucha mas en la bondad de Vd., mamá, y tenemos razon. — Ya veo que será preciso no desmentir ese buen concepto. Con esta conversacion llegaron á las puertas de la Quinta : la Marquesa se fué á su cuarto con sus hijas, y César con Mr. Fremont se fué al suyo. Despues de comer tenia la Marquesa que escribir unas cartas, por lo que dejó á sus hijos en la sala en compañía del abate ; esta hora despues de comer estaba señalada para el descanso. Luego que acabó sus cartas volvió madama de



Clemira á la sala, y vió á sus dos hijas juntas en un rincon, y leyendo. ¡Qué libro es ese ? les preguntó. — Nos le ha prestado Julieta. — ¡Pues qué, es Julieta quien debe dirigir vuestras lecturas ? Y ade-

mas, ¿es bien hecho tomar libros prestados sin mi consentimiento? — Eso mismo he dicho yo á las señoritas (dijo el abate, que estaba jugando al ajedrez al otro extremo de la sala con el cura), pero no han hecho caso: su hermano tiene mas juicio; nos ve jugar, y al mismo tiempo lee *el Diario de Paris*... — Pero al fin, dijo la Marquesa, sepamos qué libro es ese. — Mamá... es... *el Príncipe Percinet y la Princesa Graciosa*. — ¡Un cuento de encantadoras! ¿Cómo es posible que semejante lectura os agrade? — Mamá, bien conozco que hago mal; pero con todo confieso que estos cuentos me gustan mucho. — ¿Y por qué causa? — Porque me divierte mucho lo que es maravilloso y extraordinario; las metamorfosis, los palacios de cristal, de oro y plata me encantan y me divierten. — ¿Pero no conoces que todo es una ficción? — Sí, señora, bien sé que son cuentos. — ¿Cómo, pues, esa certeza no te los hace parecer insípidos? — Por eso me gustan mil veces mas las historias que Vd. nos cuenta; estaria oyéndolas noche y dia: por el contrario, conozco que estos cuentos me fastidiarian pronto. — Y mucho mas cuando con leer libros útiles y de instruccion, podias disfrutar mas completamente de la diversion que te causa lo maravilloso. — ¿De qué modo? — Tu ignorancia sola te persuade que los prodigios y maravillas no se hallan sino en los cuentos. La naturaleza y las artes ofrecen fenómenos mas admirables con mucho, que las aventuras mas raras *del Príncipe Percinet*. — Pero, mamá, me parece casi imposible. — Al contrario; y en prueba de ello te ofrezco hacer un cuento mas singular é increíble que cuantos has oido hasta ahora, no obstante que todas sus maravillas serán ciertas. Al oír esto César, dejando la partida de ajedrez y el *Diario de Paris*, se acercó á su madre diciendo: ¿Será eso posible, mamá? — Vosotros lo veréis. Yo no haré mas que inventar personajes y situaciones... — ¿Pero todo lo maravilloso será cierto? — Sí, todo lo que os parecerá *prodigio y encantamiento* será efecto de la naturaleza, habrá sucedido, y quizas existirá actualmente. — Parece increíble... — Pero, mamá, yo creo desde luego que no habrá en su cuento de Vd. *palacios de cristal, ni columnas de diamantes*. — Ya que lo deseas, habrá en mi cuento *palacios de cristal y columnas de diamantes*. Aun pondré mas: pondré toda una ciudad de plata. — ¿Y eso sin hablar de encantadores ni de magia? — Sin encantadores y sin magia se hará todo eso y mucho mas. — Apenas puedo creerlo.

— ¡Ah mamá, qué deseos tengo de oír ese cuento! — Necesito para componerlo lo ménos tres semanas; porque me es preciso volver á leer muchas obras de historia natural, y algunos viajes. — Pues qué, ¿en esos libros instructivos se hallan cosas mas maravillosas que las de Percinet? ¿Pues cómo hay quien lea todavía los cuentos de encantadoras? — Porque para entenderlos se necesitan algunos conocimientos preliminares que cuestan algun estudio. — ¿Pero podremos sin *conocimientos preliminares* comprender su cuento de Vd.? — Sí, porque no me valdré de términos científicos: os diré los efectos sin explicaros las causas. Y así os aseguro que si no lo hubiese prevenido, os pareceria mi cuento todo encantos y hechicerías. — ¿Y será menester esperar tres semanas? — Y en todo este tiempo no habrá veladas por las noches, ni casos de historia por la mañana. — ¡Cómo, válgame Dios!... — Si lo consideráis, hijas mías, aun es poco castigo para vuestra desobediencia. ¿No os tengo dicho que no leáis libro alguno fuera de los que vuestra abuelita y yo os demos? — Es verdad; aun mereciamos mas castigo.

Para consolarse en lo posible de la privacion de las veladas, pasaron los niños aquel dia todo el tiempo de recreo en su jardín: al poner del sol bajó con ellos su madre, y Pulqueria, haciéndola admirar un arriate lleno de jacintos, exclamó: ¡Todas estas flores son mías! ¡Oh mamá mia! ¡Qué feliz me ha hecho Vd. dándome este pedacito de tierra! Si á mas de esto me acordase continuamente de no desobedecerla, sería mi dicha completa. Vd. que es buena, como aquel sabio que pedia á Dios por los malos, ruéguele que me dé juicio, que me quite la curiosidad, y que ninguno de mis jacintos se me muera. — ¿Con que no te cansas de tu jardín? — Al contrario, cada dia me gusta mas. — No lo extraño; los placeres sencillos é inocentes son los únicos que duran. Los palacios causan; cansa el trono mismo; pero nadie se fastidia de un jardín que cultiva con sus propias manos. Rogado Diocleciano por su antiguo colega Maximiano á fin de que volviesen á ocupar el trono imperial que habian abandonado algunos años ántes, le respondió lo siguiente: *Amigo mio, ven á ver las fumosas lechugas que he plantado en mis jardines de Salona*. — ¿Pues qué hubiera dicho si hubiese tenido mis jacintos? — Sin embargo, guárdate de no apasionarte demasiado á tus flores; nada se ha de apreciar con *preferencia exclusiva*: en

nada conviene el exceso. — ¿Pues qué, mamá, la afición á las flores podría llegar á ser pasión? — No hay cosa de que el hombre no abuse cuando no oye la voz de la razón, y deja de refrenar sus *caprichos*. ¿Podrás creer que hay personas tan locas que pagan trescientos ó cuatrocientos lises por una cebolla de tulipán ó jacinto? — ¡Qué locura! — Yo he visto en Harlem, ciudad de Holanda, varias cebollas de jacintos que habian costado lo que te he dicho. — ¿Pero por qué causa puede valer tanto una flor? — Por la nimia delicadeza de los apasionados: se esmeran, por ejemplo, en buscar los colores mas raros; quieren que un jacinto para ser perfecto tenga en solo un tallo quince, veinte, ó mas florones; quieren que los florones sean grandes, cortos, unidos, de hojas largas, etc. — Segun eso cuentan los florones y miden las hojas. Mas niños que yo son los tales aficionados. Sus flores, á pesar de ser tan caras, no tienen mejor olor que las mias; y para conocer su hermosura es preciso mirarlas de muy cerca; y así, tanto estimo yo mis jacintos como ellos las mas hermosas platabandas de Harlem. — Y tienes razón.

Á este tiempo avisaron á la Marquesa que habia entrado en la Quinta un coche. Esta visita era Mr. y madama de Luzane con su hija Sidonia, de edad de quince años. No los conocia aun la Marquesa, aunque eran muy vecinos, porque pasaban todo el invierno en Autun. Creyendo por el mes de Abril que ya habrian llegado fué á verlos, y no los encontró; por esta razón venian ahora á pagarle la visita. Mr. Luzane era de edad de cuarenta años, y tenia una bella presencia; pero envanecido de esta ventaja y de la de haber hecho en su juventud algunos viajes á Paris, despreciaba extremadamente á todos los *provinciales*; trataba con desprecio á su mujer, y á su hija con indiferencia, creyéndose muy superior á todos sus iguales. Se consolaba de la desgracia de verse precisado á vivir con sus *inferiores*, con la idea de que á lo ménos la superioridad de su mérito era evidente y generalmente conocida. Nunca habia frecuentado el *gran mundo*, por lo cual unia á una total ignorancia de sus usos y costumbres la ridícula pretension de saberlos todos; creíase muy urbano, y se habia formado un diccionario de frases que habia recogido en algunas novelas y cuentos morales, cuyos autores, creyendo pintar en ellas algunas escenas del *gran mundo*, no han hecho mas que copiar las de la gente sin crianza ni

honor. Este género de erudición daba á Mr. de Luzane cierto tono libre y confiado, cierta jerigonza ridícula, y unos modales igualmente desagradables é impolíticos. Al contrario su mujer no tenia ninguno de estos defectos: era buena, sencilla y amable; aunque se veia despreciada de su marido le amaba en extremo, y obligada á confesar su mal genio y corazón, en virtud de sus procedimientos, la ceguedad en que su amor la tenia le hacia que apreciase como gracias todas sus necias afectaciones. Sidonia su hija, dócil, modesta, ingenua y sensible, hablaba poco, respondia con timidez, y se ponía colorada á cada paso. Pero su encogimiento no era grosero, ni su reserva tenia nada de adusta, y en cualquiera concurrencia su porte, su modo, persona y razones hubieran agradado á todos.

Madama de Clemira acompañada de sus tres hijos entró en la sala, en donde encontró á Mr. y madama de Luzane y á su hija. Mr. Luzane, que pretendia agradar á una dama de *Paris*, manifestó desde luego toda su fatuidad y extravagancia. Despues de los primeros cumplidos: Señora, dijo dirigiéndose á la Marquesa, no imagino que podamos tener el gusto de que Vd. pase aquí el invierno próximo. — Espero no obstante no volver á Paris sino de este otoño que viene en un año. — ¡Vd. lo espera, señora! ¡oh, esa frase es muy política!... — Me agrada mucho el campo... — Sin embargo, es preciso confesar que cuando se ha vivido en la *capital* no se puede tolerar el trato de las *provincias*, porque *solo en Paris se vive propiamente; no estando en él la vida es fastidiosa*. Pero, señora, á propósito, ¿cómo está Verglan? — ¡Es mi hermano por quien Vd. me pregunta? — Sí, señora; ¡oh, le conozco infinito! ¡Qué deliciosas meriendas hemos tenido juntos!... Entonces era un tanto cuanto calavera... El lance que tuvo con Bleinville dió mucho que decir; despues se casó, esto hace sentar mucho las cabezas. — Está muy contento; su mujer es muy amable... — En efecto, me han dicho que es muy rica. He sabido *que un tío de ella acaba de morir, y que le ha dejado diez mil ducados de renta; ¡ese tío era un bello caballero!* No son tales los de la provincia. — Mi cuñada ha sentido muchísimo la pérdida de su tío: ¡un buen pariente es un amigo tan precioso y seguro!... — *Con todo, es muy triste amistad la de un tío viejo y machucho, y es muy puesto en razón que cada uno viva su tiempo; los jóvenes serian harto desdichados si los viejos caducos fuesen inmortales...* Pero, señora,

permitame Vd. que le pregunte si Blanford es tan aficionado como ántes *al Champagne*. — ¿Quién, mi tío? no lo sé. — Tenia una casita de campo divina, divina... Mi señora la Marquesa es muy jóven para haber podido alcanzar en toda su hermosura á la Condesa de Blane. En mi tiempo era la belleza que privaba; tenia palco en la Ópera... Para ver la Marquesa si podia hacer general la conversacion empezó á hablar con madame de Luzane. Entónces Mr. de Luzane, reparando en Carolina y Pulqueria, exclamó : *Estas her-*



*mosuras no son comunes ; ¿ qué facciones ! ; qué talles ! ; qué ojos ! Ciertamente estos ojos no merecen que se entierren en la provincia : seria un hurto, una traicion privar de ellos á la capital... — ¿ Qué edad tiene esta señorita? le preguntó la Marquesa. — La señora lo sabe, respondió él con mucha frialdad; á mí siempre se me olvida. Conociendo la Marquesa que queria decir su mujer, se dirigió á ella, haciéndole un elogio de Sidonia, que su madre escuchó con sumo gusto, en tanto que su marido entre distraido y cabiloso, registraba algunos libros que estaban sobre la cornisa de la chimenea. De repente, acercándose á la Marquesa : ¿ Qué piensa Vd., señora, le dijo, de nuestro vecino el viejo la Paliniere? ¿ Es posible que ese hombre haya pasado toda su juventud en Paris? Tal es el efecto que causa la provincia; en ella se pierden aquel *baruiz* y aquellas gracias que solo se hallan y se conservan en la corte ó en la capital : y*

Vd., señora, debe confesar que le parecemos muy poco civilizados. Estas últimas palabras dichas con un tono de suficiencia iban á caza de una expresion lisonjera, pero no la lograron; solo dijo la Marquesa lo que debia, haciendo justicia al mérito y talentos de Mr. de la Paliniere. Despues habló de cosas indiferentes, y al cabo de un cuarto de hora Mr. de Luzane hizo una seña á su mujer, y se acabó la visita. En el camino madama de Luzane y su hija dijeron que la Marquesa de Clemira era muy amable; pero Mr. de Luzane las hizo callar respondiendo de un modo seco y descontento, que la Marquesa no tenia nada de *espritu*, discernimiento, ni finura.

¡ Válgame Dios, dijo César á su madre, qué singular y raro es este caballero ! — ¿ Y por qué razon? — No puedo explicar lo que siento ; solamente digo que me hace reir el acordarme de él. Sus modales, su sonrisa y sus gestos tienen un *no sé qué* de violento y extraordinario... parece que estudia lo que dice y hace... — Eso se llama no tener naturalidad. — Y ademas no usa de buenos términos en la conversacion... — ¿ Qué entiendes por *no hablar en buenos términos*? — Por ejemplo : por decir Paris siempre dice *la capital* : al vino de Champagne le llama *el Champagne*. — Tu crítica es justa, pero nimia. Es cierto que las gentes han convenido en llamar á estos modos de hablar *expresiones ordinarias*; y como es preciso conformarse con la costumbre admitida, os he mandado que no empleéis semejantes expresiones. Bien conoceréis que en esto, como en otras cosas, no está fundado el uso en ninguna razon de *gusto ó congruencia*. Decir *me gusta el Champagne, vivo en la capital*; ó decir *me gusta el vino de Champagne, vivo en Paris*, son frases indiferentes por sí mismas; por tanto sería una crítica muy ridícula la del que notase seriamente el vicio de no usar de estas frases consagradas por la costumbre, y mucho mas si la crítica recayese sobre sugetos, que no habiendo vivido en el gran mundo deben por consiguiente ignorarlas. Hay muchos que teniendo un conocimiento profundo del trato de las gentes no por esto son ménos necios; esta verdad la veréis demostrada á menudo cuando tengáis mas edad ; y se pueden ignorar enteramente los usos recibidos, y sin embargo tener un talento superior, y aun gracias personales, porque estas son hijas del feliz conjunto del talento y del natural. No des, pues, mucho valor á esas frioleras, y por consiguiente á todo lo que no es mas que exterior y frívolo. Por el alma

y por los talentos se debe juzgar de los sujetos, y no por sus vestidos, su figura, gestos y modo de hablar: ¿qué importan, pues, las expresiones ó la elección y arreglo de las frases, si en sí mismas son decentes y juiciosas? — Pero, mamá, ahora me acuerdo que he oído á otros muchos decir el *Borgoña, la capital*, y no me ha pasado por la imaginación extrañar en ellos estas voces: no he hecho alto en ellas, y con todo confieso que Mr. de Luzane me ha parecido muy extravagante... — Pues procura encontrar la causa de esa diferencia... — Ya la he hallado, interrumpió Pulqueria, creo que es porque quiere aparentar que sabe mucho no siendo así: quería hacer creer á Vd. que era amable... — Esa es la verdadera causa; tiene pretensiones infundadas de parecer instruido y culto, y no hay cosa mas ridícula que esta idea. No ha vivido nunca en el *gran mundo*, y quiere hacer creer que sabe todos sus usos, y que conserva sus modales. Ha leído algunos libros, en los cuales ha creído encontrar una pintura verídica del mundo y de sus costumbres, y bajo la palabra de sus autores, muy ignorantes en este particular, se ha llenado de todas las ridiculeces que habéis notado. — Pero, mamá, es imposible que haya visto en un *libro impreso* que sea costumbre cuando se habla á una señora de su hermano nombrar á este por su apellido á secas. Cuando le preguntó á Vd. por mi tío, dijo Mr. de Luzane: ¿cómo lo pasa Verglan? — Ha visto, no lo dudes, esta falta de urbanidad en *libros impresos*. También ha visto que los hombres se *tutean* continuamente delante de las señoras, y aun en las concurrencias mas numerosas y respetables: ha visto que se llama á los petimetres calaveras *muebles de tocador*. También ha visto que un hombre hablando de su mujer la llama *señora* á secas, y que cualquiera, hablándole al marido de su mujer, dice: *he ido á ver á Vds.: ni Vd. ni la señora estaban visibles*; y finalmente, ha visto otras muchas necedades y groserías á este modo. — Lo que mas me ha chocado ha sido todo lo que ha dicho acerca de mi tía. — ¿Sobre la muerte de su tío? — Sí, señora, y cuanto ha dicho me ha escandalizado. — Pues también ha leído eso en los *libros impresos*. Ha visto que es muy comun hablar de este modo al heredero mismo, en presencia de señoras muy respetables, á quienes se pretende dar gusto, afectando descaradamente un modo de pensar tan odioso. — ¿Es posible? ¿Pero se dice en esos libros que los que hablan así son amables? — Se repite que

son despreciables; pero al mismo tiempo se asegura que tienen *gracia* y mucha viveza de imaginación, y los representan como causa del trastorno de todas las cabezas, y conquistando á las jóvenes de mas juicio y virtud. — Pero eso es imposible. — Es verdad: gracias al cielo todas esas pinturas son enteramente falsas. No está el mundo bastantemente corrompido, no digo para reputar por *gracia y atractivo* semejantes groserías en sujetos que desprecian la mutua decencia, pero ni tampoco para que aun las personas ménos delicadas toleren un exceso tan grande de sandez y perversidad. — ¿Pues de dónde han sacado los autores de esos libros unas ideas tan falsas? — Con el tiempo os lo diré, porque ahora no estáis aun en estado de comprender mi explicación. He compuesto para cuando seáis mayores un cuento, cuyo título es: *Las dos reputaciones*; en él hallaréis la respuesta de esa pregunta. — Segun eso, mucho tenemos que esperar, mamá, ¿á qué edad no seré ya niña? — Á catorce ó quince años, si de aquí á entónces te portas bien. — ¡Si me porto bien!... Ya lo comprendo; para ser joven es menester ser juiciosa: esto me da miedo... — Sí, porque es preciso, por ejemplo, no ser atolondrada ni curiosa. — ¿*Las dos reputaciones*! ¿Qué título tan raro! Mamá, ¿si á los doce años ya no fuese curiosa ni alborotada me dejaria Vd. leerlo? — No, porque aun no puedes tener en esa edad bastante reflexion para comprenderlo. — ¿Critica Vd. en su cuento las obras cuyos autores pintan tan mal las costumbres? — Adivina tú si debo criticarlos; pero has de pensar que nunca se han de criticar defectos frívolos; por tanto, juzga por lo que te he dicho de ellas, si pueden ser ó no ser peligrosas. — Desde luego veo que lo han sido para Mr. de Luzane, que ha creído cierto cuanto ha leído en ellas, y que por parecer hombre á la moda, y trastornar las cabezas de las mujeres, imita el lenguaje de los *muebles del tocador*. — Y no solo resulta de su lectura el inconveniente de afectar poca crianza y ridiculos modales, sino también otro mayor, que es, como ya hemos dicho, pintarse el mundo mucho mas depravado de lo que en realidad está: finalmente, resulta que se cree (lo que nunca ha sido ni será) que el vicio sin disfraz puede agradar, y que la depravacion de costumbres mas grosera pueda conciliarse con las gracias, alucinando á la multitud, y seduciendo los corazones inocentes y virtuosos. — Pues ya veo que las habrá Vd. criticado. — Y mas, cuando en las tales